

LA MUERTE DE CASTELAO

Por VICTORIA ARMESTO

CASTELAO comenzó a sentirse mal en el año 1947 hallándose en París pero, a fin de no inquietar a Virginia, nada le dijo. Un día, saliendo de una sesión política, Castelao tuvo un desfallecimiento y, semi desvanecido, se refugió en un portal. Estaba solo; por fortuna fue reconocido por alguien que avisó a los participantes vascos con los que Castelao sostenía una relación muy íntima y a los que quería mucho.

Salieron, pues, los vascos en su busca, lo metieron en un taxi y lo acompañaron hasta la modesta pensión donde se alojaba.

Virginia se alarmó y fue ella quien más insistió a fin de que regresaran cuanto antes a Buenos Aires en donde tenían su casa en la calle Belgrano 2.605 y en donde tenían sus amigos y, si eran necesarios, los servicios médicos del Centro Gallego.

Fue también ese mismo año cuando Castelao —a quien había gustado mucho el tabaco— dejó, acaso por prescripción facultativa, casi por completo de fumar. A partir de entonces sólo fumaba algún pitillo ocasional, siempre a espaldas de Virginia.

Entretanto, en aquel mismo verano de 1947 (verano nuestro, invierno de ellos) don Ramón Otero Pedrayo era invitado de honor del Centro Gallego. Tras participar en las «Xornadas Patrióticas», tras impresionar con su barroca elocuencia a nuestros paisanos, se subió a un avión para trasladarse a Mendoza en donde le reclamaban los del Centro Gallego.

Era, según creo, el primer viaje aéreo de don Ramón quien, en su juventud, aún conoció a la vieja carrilana santiaguesa.

En el avión don Ramón iba pensando en Castelao y se dolía de no haberle encontrado en Buenos Aires. Ya en Mendoza, le llegaron las noticias de su regreso y la alegría de Otero Pedrayo fue muy intensa. No obstante, cuando don Ramón se encontró con Castelao en Buenos Aires, se dio cuenta de que Castelao no estaba bien de salud y por ello su primera entrevista estuvo presidida por aquel fuerte sentimiento de angustia.

Otero Pedrayo y Castelao no se habían vuelto a ver desde el año 1936. Su última entrevista tuvo por escenario la estación del Norte, unos pocos días antes de los acontecimientos de julio.

Don Ramón, apartado de la política, había ido a Madrid por asuntos profesionales. Unos minutos antes de que salieran el expreso, Castelao tuvo el presentimiento de lo que iba a ocurrir y de que él no podría ya nunca volver a Galicia. Así se lo dijo a don Ramón quien, con su habitual optimismo, trató de animarle. Sin embargo, también don Ramón se conmovió y recuerda que, cuando arrancó el tren y allí atrás quedaba Castelao sólo en el andén, las lágrimas le corrían por la cara.

Nuevamente lloraron al encontrarse, once años más tarde, en Buenos Aires:

—Choramos polos mortíños —diría más tarde don Ramón— sin negar as bagoas os arredados e fuxidos de entre nos.

En el curso de una de aquellas largas conversaciones, y hallándose presente Rodolfo Prada, Castelao habló de Vicente Risco en estos términos:

—Cando volva a Galiza e atope a Risco, doulle unha rabacada e cae ao chao, e cúspolle nun ollo... pero dispois —añadía sonriendo— recoillo nos brazos, ergoo e dóulle un abrazo, e pómome a chorar con il porque idebémolle tanto!

«Cando volva a Galiza», con frecuencia estas palabras asomaban a sus labios. Una vez, una de esas personas de poco tacto que por desgracia tanto abundan entre nosotros, le dijo que tenía que ir a Galicia para morir.

—Non —le respondió enfadado Castelao— a Galiza quero ir a vivir, non a morrer.

Paulatinamente se acrecentaba su morriña, la angustia por el regreso. Por aquel tiempo fue a despedirse de él un amigo que se iba para La Coruña y Castelao le dio este encargo:

—Chegando, precuras un piñeiro e daslle por min unha aperta e un bico.

Cuando al fin le llegó al pro-

pio Otero Pedrayo la hora de embarcarse, Castelao no tuvo valor para acompañarlo hasta el barco. Se despidieron en una esquina de la calle Belgrano, cerca del Centro Gallego.

Los dos amigos lloraron de nuevo amargamente. Don Ramón comprendió que esta vez era su despedida, que nunca más volverían a verse, que Castelao no volvería nunca —cumpléndose su triste vaticinio de la estación del Norte— a Galicia...

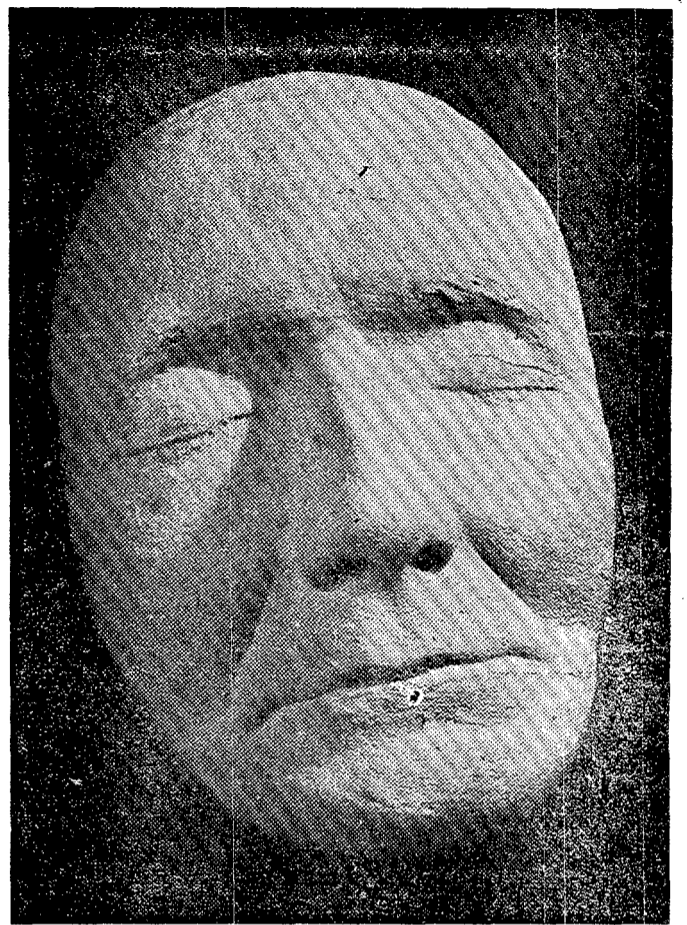
—O día 5 de setembro —recuerda don Ramón— apretei contra o meu peito por derradeira vez o corpo xa levián de Castelao, e coído decir verdade si escribo como todos nós nas conversas na casa de Castelao tiñamos a seguridade de que Castelao non había de voltar vivente a rubir a escaleira onde agardaban por il os mitolóxicos marifeiros; cada día Castelao faziase máis transparente, mais espírito.

Castelao, aparte de sus otros padecimientos, sufría de la tortura de estar casi ciego. De un ojo ya no veía nada y del otro «Vexo —aplicaba— como por un buratiño». Este «buratiño» era su único rayo de luz, la sonda luminosa que aún le separaba del mundo de la perpetua sombra y, siendo tan leve, aún era suficiente como para permitirle continuar su trabajo. Hora tras hora, día tras día, semana tras semana, con paciencia de beneditino, seguía dibujando. Entre sus últimas obras figura ese hermoso cuadro del gaitero que hoy está en el Centro Orensano de Buenos Aires y la «Romería» en tonos ocres que fue el regalo de boda de Castelao al hijo de su amigo Rodolfo Prada.

En el curso del verano 1947-48 (nuestro invierno) Castelao, a quien trataba clínicamente el doctor Sánchez Guisande, experimentó una mejoría. Ya en el invierno tuvo suficientes energías como para servir de mantenedor de las Xornadas Patrióticas de 1948.

«ALBA DE GRORÍA»

Fue entonces cuando, el día 25 de julio, en la tribuna del Centro Gallego, Castelao pronunció su



LA MASCARILLA DE CASTELAO

famoso discurso «Alba de Groría».

El discurso, que muy pocos gallegos podrán leer sin que se les humedezcan los ojos, comienza con estas palabras:

«Si no abranse d-este día poidéramos voar sobor da nosa terra e percorrela en todas direccións, asistiríamos a maravilla d-unha mañán única... unha alborada de groría.»

Castelao expresa en primer término «a saudade dos emigrados pola terra lonxana e endexamáis esquecida», así como la belleza de esta misma tierra. Una belleza que hiera al emigrante el cual, mientras está evocando una jornada alegre, siente que su corazón está lleno de angustia porque —dice Castelao— ¡cómo se tornan tristes as alegrías evocadas lonxe da patria!

De esta tierra lejana, jamás olvidada, surge en esta alborada de gloria la prodigiosa Santa Compañía o procesión de los muertos ilustres de Galicia a cuya cabeza marcha Prisciliano.

Castelao va evocando a obispos, arzobispos y condes «montados en bestas negras, señores feudales que non podían vivir en paz nin consigo mesmo», detrás de los feudales van los irmandiños, y detrás de los irmandiños, monjes, sabios, exploradores, guerreros, literatos... Castelao no se olvida de nadie. Se acuerda hasta de doña Emilia Pardo Bazán, que es la penúltima de la procesión gloriosa; el último —todavía no descarnado— es don Ramón del Valle Inclán.

¿Adivinaría Castelao que el mismo estaba destinado a formar parte de la Inmortal cadena? Posiblemente no pensaba en ello.

«Levaba a groría —dice don Ramón Otero Pedrayo— sin se decatáre».

DECAIMIENTO VISIBLE

Finalizadas las «Xornadas Patrióticas», Castelao decayó de un modo visible pero al mal que le aquejaba no se le puso un nombre hasta iniciado el mes de marzo.

Fue en marzo de 1949 cuando el doctor Miguel F. Pastor, que volvía de sus vacaciones estivales para hacerse cargo de su sección médica —en el servicio de Vías Respiratorias— del sanatorio social del Centro Gallego, recibió la visita de su amigo y colega el profesor Gumersindo Sánchez Guisande quien, de paso que le entrega-

ba una radiografía de tórax, le de la misma.

El doctor Pastor examinó la radiografía y, como el rostro de Sánchez Guisande revelaba una gran preocupación, no se atrevió a decirle la verdad sin saber previamente si la radiografía era suya.

—No —respondió Sánchez Guisande— no es mía...

Entonces el doctor Pastor le dijo que se trataba de un cáncer de pulmón (pancoast) del más grave y desgraciado que se podía padecer.

(—¡Es de Castelao! —confesó entonces desolado el doctor Sánchez Guisande— es de nuestro amigo...!)

Los dos médicos se quedaron mudos y el doctor Pastor pensó «en el destino injusto y cruel, en el vía crucis que le aguardaba a Castelao».

Luego el doctor Pastor le explicó al doctor Sánchez Guisande «el largo peregrinaje doloroso y fatal por el que, desde aquel momento, iba a transitar el gran gallego de nuestra época, el hombre perfecto en sus ideas y cabal en su conducta...»

El diagnóstico fue comunicado a los íntimos amigos de Castelao, a Rodolfo Prada, a Manuel Puente, a Manolo Silva... ninguno de ellos podía creerlo ni atinaba a reaccionar. A Virginia siempre se le ocultó la verdad. Nunca conoció el terrible diagnóstico y su inevitable desenlace.

«Fue el profesor Sánchez Guisande —continúa Pastor— el encargado de llevar, con sabiduría y dolor, la difícil situación de efectuar el tratamiento que pianificamos los dos».

A Castelao se le dijo que sufría de un proceso infeccioso en el pulmón izquierdo que precisaba largo y variado tratamiento y que se contaba con su capacidad para sufrir y con su fe.

ENFERMO OBEDIENTE Y ESTOICO

«Es menester precisar —añade Pastor— que este tipo de cáncer de pulmón no solo es incurable desde su inicio, sino que es tremendamente doloroso y que la terapéutica con calmantes es de escasa eficacia.»

Castelao se reveló como un enfermo obediente y estoico. Desde el principio de su enfermedad lle-

(Pasa a la pág. siguiente)



LA ÚLTIMA FOTOGRAFIA DE ALFONSO R. CASTELAO

LA MUERTE DE CASTELAO

(Viene de la pág. anterior)

vaba cuenta de los diversos tratamientos a los que se sometía. He tenido en mis manos la plantilla de inyecciones en la que, de su puño y letra, escribió lo siguiente: «Conta detallada do tratamento de penicilina imposta polo Dr. Gumersindo Sánchez Guisande a favor do licenciado Alfonso (repito Alfonso) Rodríguez Castelao, ano 1948.»

LEGADO AL MUSEO DE PONTEVEDRA

Por aquellos mismos días en que el doctor Pastor le puso un nombre a su dolencia, Castelao —como si le rozara el ángel de la muerte— le dijo a su amigo Rodolfo Prada que deseaba legar su obra al Museo de Pontevedra.

Pontevedra era, entre las ciudades gallegas, la que estaba más cerca de su corazón. Más cerca incluso que su villa natal Rianxo.

Quizá porque en Pontevedra había vivido los años decisivos de su vida, porque allí había muerto, a los 13 años, su único hijo, porque allí había sido diputado, porque en Pontevedra estaban unos vivos y otros (¡ay!) muertos, sus amigos más queridos... Por todo ello, «e aínda qué...» precisaba Castelao, era su deseo que el Museo, en cuya fundación él mismo había colaborado, heredara el único bien que poseía en el mundo: su arte.

No obstante expresar estas disposiciones melancólicas, aun Castelao se sentía capaz de vencer su dolencia:

—Eu non podo morrer agora —decía— porque aínda teño moito que fazer, a miña vontade de vivir val tanto ou mais que as meiciñas dos médicos.

LARGOS TRATAMIENTOS

«Sánchez Guisande —prosigue su relato el Dr. Miguel F. Pastor— planeó con una constante asiduidad y con devoción amistosa, largos tratamientos que sabíamos inútiles pero que eran necesarios para llenar el tiempo y calmar el estado de angustia del enfermo y la ansiedad de su esposa...»

«La radioterapia, que sus buenos amigos ayudaron a proporcionar, no fue de utilidad, como era de esperar».

Pronto Castelao fue víctima de terribles dolores. Describía su situación diciendo que tenía un cuervo posado en el hombro y que este cuervo le picaba incesantemente en el pecho.

Quando los dolores se presentaban decía:

—Xa está elquil o corvo...

Quando se acentuaban suspiraba:

—Xa está o corvo peteirando...

Este «cuervo» royéndole las entrañas atormentaba igualmente a Virginia que, desde el principio de la enfermedad de Castelao, no se apartaba de su lecho. Advirtiéndole que no reposaba y que ella misma podía caer enferma, el presidente del Centro Gallego quiso enviarle una enfermera para que velara al enfermo de noche. Virginia rehusó.

Siempre ignorante del carácter fatal de la dolencia de Castelao, Virginia confiaba en su restablecimiento.

Los doctores Miguel F. Pastor y Manolo Silva acostumbraban a visitar a Castelao dos veces por semana, todos los martes y los jueves. Llegaban por lo regular a su piso alrededor de las cinco de la tarde y, después de examinarle, se quedaban de tertulia hasta las nueve de la noche.

Con Manolo Silva, Castelao siempre hablaba de Pontevedra.

A veces tenía que interrumpir la conversación y, aquejado por aquellos dolores inhumanos, dejaba escapar un débil lamento.

Al despedirse le decía a Pastor: «No se olvide que confío en usted», y el médico del Centro Gallego se desesperaba impotente oyendo estas palabras.

Un día, cuando Castelao tenía el brazo derecho inmovilizado para evitar la exacerbación del dolor, hablaron de religión.

Castelao le dijo al doctor Pastor que él rezaba una sola oración, la única que creía verdadera: el Padrenuestro, que había sido dicho por Jesucristo en el Gólgota poco antes de su muerte, durante el tremendo dolor de la crucifixión.

A su amigo Rodolfo Prada, Castelao le habló también otro día de la pasión de Cristo.

AVANCE DE LA ENFERMEDAD

El cáncer fue avanzando y, al tomar los ganglios del mediastino, provocó un trastorno en la circulación venosa de la cabeza. A Castelao se le hinchó la cabeza en tal forma que no se le reconocía. Entonces le dijo al médico:

—Querido amigo Pastor, ya perdí la vista y ahora pierdo la imagen conocida de mi persona ¡qué desolador!

«Le contesté —recuerda Pastor— que le devolveríamos sus rasgos físicos, que volveríamos a tener la imagen del Castelao que todos conocíamos. Hablé con el Dr. P. Fernández, radioterapeuta, y le pedí que le hiciera aplicaciones de radioterapia en el mediastino para disminuir el volumen ganglionar y permitir, de nuevo una circulación normal de la ca-



EL FERETRO EN LA CAPILLA ARDIENTE.

ra. El amigo Rodolfo Prada y otros se encargaron de llevarle diariamente a la clínica y se consiguió un resultado muy eficaz. Castelao volvió a recuperar sus rasgos y siguió siendo el mismo en su presencia facial...»

LA RIQUEZA DE CASTELAO

Un día, cuando aún estaba relativamente libre de tormentos, Castelao recibió la visita de su amigo Manuel Puentes, que era uno de los hombres más adinerados de la colectividad gallega de La Argentina, y en el curso de la conversación le dijo:

—Vostede don Manoel non sabe unha cousa, eu son o home mais rico que hai no mundo...

Puentes le miró con asombro preguntándose qué quería decir y sonriendo, Castelao continuó:

—Vostede pensa que estou delirando... voulle a decir por qué son rico: adoeceín, estanme tratando os millares médicos, trouxeron de Londres un remedio, cando dicían que o millor pra min fora a asistencia da Clínica Mayo, don Claudio Fernández ofrecéuse a fretar un avión, teño un «colchón plumas»... —Castelao entonces cogió la mano de Puentes y le preguntó amistosamente: «¿e sabe por qué todo isto don Manoel? Eu fun diputado pero non fun ministro, nin lle puden fazer favores a ninguén, de maneira que soio encontro unha explicación destes agasallos da fortuna: a de sere un patriota galego.»

UNA LOBOTOMIA

Ya el fatídico «cuervo» nunca se despegaba de su pecho y el malherido Castelao le dijo a Pastor que en las noches de insomnio había contado tantas ovejas y otros animales que creía haber

terminado con todas las especies zoológicas.

Agotada toda la terapéutica antidolorosa, el doctor Gumersindo Sánchez Guisande, el doctor Pastor y los otros médicos que atendían a Castelao se reunieron en consulta.

«Agobiados por el sufrimiento de Castelao y por la angustia de doña Virginia —explica el doctor Pastor— decidimos como último recurso para quitarle el dolor que se le practicase una operación quirúrgica a la que se recurría mucho entonces, la «lobotomía». Consiste en la sección del lóbulo frontal del cerebro para evitar la conciencia del dolor.»

Castelao tenía que trasladarse al sanatorio social del Centro Gallego, donde sería operado.

Se había entrado ya en el mes de enero de 1950.

Rodolfo Prada, conduciendo su automóvil, fue a recoger a Castelao a su casa de la calle de Belgrano, 2605. Mientras Manolita subía en el ascensor para prevenir y recoger al enfermo, Rodolfo Prada —que no había podido estacionar delante de la casa— aguardaba en el coche.

Nunca, desde el día en que falleció su madre, había estado Rodolfo Prada tan triste, tan angustiado.

Al cabo de un periodo de tiempo que al amigo se le antojó eterno, Castelao apareció en el portal de su casa. Delgado, macilento, extenuado por los largos meses de dolor, seguía siendo el mismo Castelao de siempre. Virginia y Manolita —la mujer de Prada— le sostenían cada una por un brazo y fue entonces cuando Castelao, al ver a Prada, comenzó a tararear el famoso estribillo de «La Verbena de la Paloma» al paso que, fingiéndose don Hilarión, trataba de imprimir a su paso vacilante un aire chulesco:

Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid...

Desconcertado por este recibimiento, Rodolfo Prada no pudo —a pesar de su pena— resistir la risa.

—Sempre o mesmo Daniel, sempre o mesmo —murmuró Rodolfo, mientras le acomodaba en su coche.

Ya instalado en una habitación del sanatorio del Centro Gallego, Castelao, al verse rodeado de todos los médicos, les dijo suavemente:

—Para ustedes, sin duda, esto de la operación es cosa sin importancia, es rutina...

Luego, volviéndose hacia Prada, añadió, con marcado acento irónico:

—A min os médicos non me queren. Eu son como un crego renegado.

Era ya costumbre vieja en Castelao burlarse de la profesión que él había elegido y que sin duda había amado mucho. En «O Re-

trato», aquel delicioso cuento escrito en el año 1922, Castelao dice: «Por amainala concencia guindei o meu tiduo de médico no fondo dunha gaveta, e busquei outra maneira de me valer. As xentes xa non sabían que eu era dono de tan tremenda licencia ofici'!»

Años más tarde le preguntó un periodista: «¿Qué sintió o día en que se fixo médico?», y Castelao responde: «O mesmo que cando me deron a licencia de caza». En otra ocasión le dijeron: «Sabes que morreu Fulano, inda que o asistían cinco médicos...» «Home —dijo riendo Castelao— ¿qué queredes? ¡Si eran cinco contra un!»

Castelao vio llegar la hora de la operación sin perder aquel estoicismo que le acercaba a las grandes figuras de la antigüedad clásica. Serenamente se despidió de la atribulada Virginia, a la que él siempre llamaba «Cholliña», y se despidió también de sus amigos íntimos, que hacían esfuerzos sobrehumanos para contener las lágrimas.

EL ÚLTIMO CUENTO

Mientras le trasladaban en una camilla e iba rodando hacia el quirófano, Castelao aún tuvo aliento para contarle un último cuento a una de las enfermeras que le acompañaban: en una inundación acaecida en Padrón, Galicia, fallece un individuo. El muerto va al cielo y San Pedro le conduce hasta una estancia en donde se encuentran otros bienaventurados a los que el de Padrón trata de impresionar describiéndoles aquella violenta tempestad en el curso de la cual él mismo había perecido. Todos los presentes parecen compadecerse y espantarse con su relato excepto uno que no cesa de reír. «¿Y de qué se ríe?», inquiriere finalmente el ahogado. «Yo soy Noé», le respondió el otro.

¿Por qué razón se acordaba Castelao del cuento de Noé y el de Padrón en la misma hora en que iba camino del quirófano? Yo no lo sé, lo que sí sé es que el propio Castelao había asociado este mismo relato con el advenimiento de una tragedia nacional. El mismo nos lo cuenta con estas palabras:

«¡Eiquí en Gante, admirando «la Adoración del Año Místico», colleume a nova do Desastre de Anual, cecais amargurado lembreime daquíl probe home do Padrón que morréu afogado nunha chea do río e logo no ceo intentou asombrar a Noé.»

EL FALLECIMIENTO

El doctor Oribe, neurocirujano del Centro Gallego, se encargó de practicar la lobotomía. Cas-

(Pasa a la página 29)



CORTEJO FUNEBRE CON NUMEROSAS CARROZAS PORTANDO CORONAS DE FLORES

LA MUERTE DE CASTELAO

(Viene de la página 25)

telao sobrevivió a la operación, pero ya no recobró el conocimiento. En muy grave estado aún vivió unos cuatro días, y cuando falleció, en la madrugada del 6 de enero de 1950, con él estaban Virginia, los doctores Sánchez Guisande y Pastor, y unos pocos amigos.

Castelao tenía al morir 64 años. Había nacido también en un mes de enero, en Rianxo, La Coruña, un 7 de enero del año 1886, hijo del patrón de pesca Mariano Rodríguez y de su esposa, Joaquina Castelao James. Los padres querían que se llamara Daniel, pero el licenciado Xosé Magariños, cura párroco de la Iglesia de Santa Columba, donde fue bautizado, decidió, por su cuenta y riesgo, ponerle el nombre de Alfonso.

Parece ser que don Xosé Magariños era hombre de muy intenso sentimiento monárquico y por ello quiso darle el nombre del futuro rey de España, aun no nacido, pero del que ya se sabía que, caso de ser varón, iba a ser llamado Alfonso XIII.

Menos monárquicos que el cura, a los padres de Castelao les disgustó el cambio y en familia siempre le llamaron Daniel.

Sólo a la hora de su muerte en Buenos Aires se supo que en la elección del licenciado Magariños intervino un sentimiento profético. Aquel niño de Rianxo, llamado Alfonso como un posible rey de España, estaba marcado por el carisma de los elegidos y él mismo sería para su pueblo como un príncipe de la inteligencia, del arte y de la virtud.

HONRAS FUNEBRES Y SEPELIO

El cuerpo de Castelao fue embalsamado en el mismo Centro Gallego, por el doctor Gumersindo Sánchez Guisande, al que servía como ayudante su hijo, el doctor Wenceslao Sánchez de la Vega, ambos médicos, de la ilustre familia gallega, representaban en la emigración a la Escuela de Medicina compostelana de origen medieval.

Domingo Maza, el gran escultor ya fallecido, se encargó de sacar la mascarilla de Castelao que, envuelto en la bandera de Galicia, yacía en el gran «khal» del Centro Gallego. Su velatorio tuvo un carácter de pesar multitudinario; no se tiene memoria de nada semejante en los anales de la emigración gallega.

De la noche a la mañana, el medio millón de gallegos de Buenos Aires sufrieron aquella experiencia dolorosa que —años más tarde— sería descrita por Eduardo Blanco Amor:

«Al sentimiento inmediato de su desaparición se unía la certeza de la pronta orfandad en que había de dejarnos su presencia sentida en irremplazable hueco, dejándonos día a día por los caminos de la ya irremediable saudade, desvaneciéndose de su historia para ir al encuentro de su leyenda: transfiguración y lejanía presente en que se nos trueca a los gallegos todo lo que ha sido substancial en nuestra vida de personas o de pueblo».

El entierro de Castelao reveló la extensión y la profundidad del dolor colectivo de los gallegos. El magno cortejo, con vehículos que cubrían más de medio kilómetro, hacía pensar a los espectadores ignorantes de la identidad del muerto, que se trataba del sepelio de un gran estadista extranjero, acaso del de un antiguo presidente de una República...

Según Blanco Amor, el coche fúnebre era seguido por veinte carrozas cargadas de ramos y de

coronas. Don Daniel Calzado elevaba el número de carrozas floridas a cuarenta.

Algunos, entre los asistentes, creen haber visto a un negro en el entierro de Castelao. Su presencia les extrañó, porque no abundan los negros en la Argentina. No falta quien atribuya un cierto misterioso significado a la aparición del negro, que por lo visto también iba llorando. ¿Se trataba de una persona real, o era el espíritu o el símbolo de una raza marginada a la que Castelao había querido entrañablemente y por cuyo arte se había sentido siempre tan singularmente atraído?

«DONDE EL ESTE, ESTARA SIEMPRE GALICIA»

Castelao recibió sepultura provisional en un nicho del panteón social del Centro Gallego, en el cementerio de La Chacarita, de Buenos Aires. El presidente, don José Villamarín, halló las palabras que mitigaron la angustia de aquel sepelio:

«Donde él esté, estará también Galicia».

Eduardo Blanco Amor, uno de los más finos intelectuales con que contaban los gallegos de la Argentina en el año 1950, se encargó de la oración fúnebre, y en ella dijo:

«Nadie en Galiza, nin home histórico nin persoa vivente, acadou coma Castelao somellante suma de amor. Amábano, si ben en voce baixa, aínda os seus aderversarios políticos, que nemigos nunca tivo; aqueles que, quizaves, mitigaban con ise amor sagrado l'espítorio o remordimento de non teren cumprido o seu deber».

La hija de «El Cordobés» no ha reaccionado al intenso tratamiento a que está siendo sometida»

LA DEBILIDAD QUE PADECE LE IMPIDE PERMANECER EN PIE

CORDOBA, 3. — Continúa en el mismo estado la niña Maribel Benítez, hija de «El Cordobés», ya que, aunque los partes facultativos facilitados hasta la fecha denotan que ha desaparecido virtualmente el peligro, se ha podido saber hoy que la enferma no ha reaccionado lo positivamente que fuera de desear al intenso tratamiento médico a que está siendo sometida.

Por consejo de los doctores que asisten a Maribel, ésta fue levantada hoy de la cama e incorporada, pero la gran debilidad que padece le impidió estar de pie y hubo de volver inmediatamente al lecho. Por ello es de esperar que continúe aun varios días más en la clínica de la Cruz Roja y que, una vez dada de alta, sea sometida a un completo chequeo para poder determinar las causas fundamentales de que la niña haya carecido de defensas orgánicas, como parece.

Continúan recibiendo en la Cruz Roja telegramas y llamadas telefónicas de toda España, procedentes de destacadas personalidades de la política, el arte y el toreo, interesándose por la enferma. Entre las llamadas recibidas se ha interesado por la salud de la pequeña la viuda del almirante Carrero Blanco.

Asimismo ha visitado a la enferma el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, señor Nicolás García; el presidente de la Diputación Provincial, señor Santacalla, y

Editorial de «Información Comercial Española»

«LA INFLACION EN ESPAÑA NO SE PUEDE SOLUCIONAR CON MEDIDAS DE CARACTER GENERAL»

MADRID, 3.—El problema de la inflación en España no se va a poder solucionar con medidas de carácter general, porque, en tanto no dominemos los mecanismos que desencadenan la inflación endémica en nuestro país, puede ser locura el intentar estabilizar la economía con medidas de orden general a niveles de inflación inferiores a los que el sistema admite, señala un editorial de la revista «Información Comercial Española» que lleva por título «Inflación desde dentro».

«Lo que se requiere —añade la revista del Ministerio de Comercio— es un estudio más cuidadoso y cualitativo de nuestros sectores y estructuras que permitan «al menos» reflexionar sobre cómo intentar reducir o atajar de modo coherente los impulsos inflacionarios a que está sometido nuestro sistema desde hace años».

La revista expone también que «sin ánimo de herir a nuestra cada vez más competente clase economista, el desconocimiento a nivel de investigación que se tiene de los problemas de inflación en España es tan elevado como lo ha sido la escasez de instrumentos y datos para acometerla». —(EUROPA PRESS).

Santander: Suben las multas de tráfico

SANTANDER, 3. — Un cincuenta por ciento subirán las multas de tráfico en Santander, según ha sido aprobado por el Ayuntamiento de Santander.

La Corporación santandereña ha aprobado la propuesta sobre modificación de la ordenanza de tráfico por la ciudad, para la actualización del cuadro de multas por infracciones de la circulación. (CIFRA).—

Eppote

100 TIENDAS ESPECIALIZADAS REUNIDAS EN UN GRAN CENTRO COMERCIAL OFRECIENDOLE LO ULTIMO LO MAS ACTUAL

REGALE CON

HOY ABIERTO HASTA LAS 12 DE LA NOCHE.

MAÑANA DOMINGO CERRADO

CALIDAD QUE HARA QUE PERDURE SU OBSEQUIO

ECONOMIA ELIJIENDO ENTRE EL MAS EXTENSO SURTIDO AL ALCANCE DE TODOS LOS PRESUPUESTOS

SEGURIDAD DE UN PLENO ACIERTO O LE CAMBIAMOS EL OBSEQUIO A LA PERSONA QUE LO HA RECIBIDO

HACE FACIL SU COMPRA